DONOSTIAKO UDAL LIBURUTEGIA - BIBLIOTECA MUNICIPAL DE SAN SEBASTIAN

Lunes 28 de Marzo de 1910

PRECIOS DE SUSCRIPCION

	S. Sebastián	Provincias	Extranjero
3 meses, pts.	4 —	4,50 —	13
»	8 —	9 —	25
»	16 —	18 —	48

Número suelto 5 céntimos

Oficinas: San Marcial, 10.

La Voz de Guipúzcoa

DIARIO REPUBLICANO

AÑO XXIV-SAN SEBASTIAN-Núm. 8.902

TARIFA DE ANUNCIOS

1.ª plana	Ptas. 1,50 línea
2.ª » (reclamos)	» 0,75 »
2.ª » (anuncios)	» 0,50 »
4.ª »	» 0,15 »

PAGO ADELANTADO

Teléfono número 24

CALBETON EN SAN SEBASTIAN

Los donostiarras en masa le reciben

Recepción en el Ayuntamiento

Impresión

El recibimiento hecho ayer mañana al señor ministro de Fomento, por ser acto tan emocionante y hermoso, no admite comentario. El comentario estaba en plena calle, en la multitud apiñada al paso del ilustre visitante y paisano, en las músicas que inundaban el espacio de alegría, en los aplausos y en los vítores, en el mismo estado de ánimo en que se encontraba el Sr. Calbetón, á quien, si no le asomaban las lágrimas, no era seguramente, por que la emoción no las llevara á sus ojos.

El pueblo donostiarra ha demostrado, una vez más, que guarda en su alma nobles cariños para aquellos que saben merecerlos, y que sabe rendir homenajes espléndidos á los hombres que se distinguen por sus sentimientos y sus virtudes.

La recepción dispensada al señor ministro de Fomento ha venido á confirmar plenamente cuanto estos días anteriores hemos dicho, cuanto no podíamos menos de esperar de esta ciudad, siempre noble y generosa hasta para los huéspedes más desconocidos que á ella concurren.

La brisa suave que oreaba nuestras calles á la entrada del señor Calbetón, era una brisa eminentemente popular. Iba diluído en su masa el espíritu de los donostiarras, alborozado al ver entrar en la Bella Easo á uno de sus hijos preeminentes. Iba también en ella la efusión de los corazones, palpitantes de entusiasmo, porque sabían que con ellos palpitaba al mismo tiempo el corazón del alto personaje á quien recibían.

El desfile de la hermosa manifestación es una de esas cosas que no pueden describirse justamente. Y las emociones sentidas por el señor Calbetón en la Casa Consistorial y en los salones de La Artesana y en todas partes, solo él podría expresarlas con cierta exactitud.

La gratísima satisfacción experimentada por el ministro al experimentar con la misma intensidad sus paisanos, solo que con una diferencia: que á él, modestísimo en todas las ocasiones, el homenaje le habrá parecido grandemente exagerado; y á los donostiarras, justicieros siempre y jamás aduladores, les parecerá que no han hecho más que cumplir con sus deberes ineludibles de amistad, de cariño y de gratitud.

En las calles

Para antes de las nueve de la mañana, la animación en las calles de la ciudad era verdaderamente indescriptible. Miles de forasteros que habían llegado los días anteriores y los que constantemente fluían de los trenes de Francia, de la Costa y del interior, llenaban nuestras vías principales.

Los donostiarras se preparaban á recibir dignamente á "su" ministro, y por todas partes se veían colgaduras y banderas que alegraban la vista.

El cielo aparecía ligeramente velado, para que el sol no molestase y una temperatura tibia y agradable, contribuía á la satisfacción general.

Poco después de las nueve, el inmenso gentío empezó á tomar posiciones, unos en las calles por donde había de pasar la comitiva y los más en la estación y sus alrededores.

Para esa hora comenzaron á oírse las bandas de música que recorrieron las calles tocando alegres pasodobles. Las bandas de la municipal, la de la Beneficencia, la Truchulo y La Unión.

A las nueve y media y por distintos sitios se dirigieron á la estación, seguidas de un inmenso gentío. A dicha hora también se dirigía á rendir los honores que correspondan al señor ministro de Fomento, una compañía del regimiento de Sicilia con bandera y música.

Numerosos coches de lujo conducían á las autoridades, corporaciones, comisiones, juntas directivas, etc., etc., que acudían, unas oficialmente por su representación, y otras particularmente, á testimoniar el cariño al paisano ilustre que por sus merecimientos ha llegado á los más altos puestos de la Nación.

En el andén apenas podía darse un paso cuando nosotros penetramos en él.

Entre la avalancha humana que lo llenaba, pudimos ver á las nutridas representaciones de la Diputación provincial, Ayuntamiento, que iba en corporación con sus maceros, gobernador civil y militar, comandante de Marina, Audiencia, Juzgados, Miqueletes, Cámaras de Comercio y de la Propiedad, cónsules, Círculo Mercantil, Profesorado de todos los centros docentes de enseñanza, una Oficial de festejos, Orfeón Donostiarra, Casinos y Sociedades de Recreo, etc., etc.

Un público inmenso, en el que se veían muchas señoras, ocupaba por completo el anchuroso andén, en el que estaba alineado frente á la vía, la compañía de Sicilia, y á un lado, cerca de la salida, la banda "La Unión" con su estandarte.

El elemento militar tenía también muy nutrida representación.

Cuando la campana de la estación anunció el paso del tren por Hernani, corrió por la enorme masa de personas que esperaban, un reguero de entusiasmo que se desbordó al aparecer el tren á lo lejos.

El momento fué emocionante. Las bombas y cohetes atronaban el espacio; la banda de Sicilia rompió á tocar la Marcha Real, mientras la tropa presentaba armas; la de La Union hizo al aire los acordes de brillante pasodoble, y un aplauso entusiasta, ensordecedor, y un ¡viva Calbetón! lanzado por millares de gargantas, ensordeció el espacio, dando la bienvenida á aquel ilustre donostiarra que, asomado á la ventanilla del break de Obras públicas, saludaba emocionado.

Al detenerse el convoy, centenares de personas se abalanzaron á la portezuela del break, apoderándose materialmente del señor Calbetón, colmándole de abrazos y enhorabuenas, mientras los vítores se repetían sin cesar.

Descendieron, con el ministro, sus acompañantes, los señores Gómez de la Serna, director general de Obras públicas; Freijero, secretario particular del ministro; don Fermín Lóriga, don Bernardo Rengifo y el inspector del ferrocarril señor Medina.

Después de un buen rato de cumplimientos y saludos afectuosos, el ministro, acompañado del señor gobernador militar interino, revistó la compañía que hacía los honores, saludando profundamente á la bandera.

Mientras tanto, el público que había penetrado en los andenes, salía presuroso de la estación, ávido de no perder un detalle del recibimiento popular, y las Comisiones ocupaban sus carruajes para dirigirse á la Casa Consistorial, donde había de celebrarse la recepción.

Al aparecer el señor Calbetón en la puerta exterior, el entusiasmo de los miles de personas que allí se encontraban se desbordó en vivas y aclamaciones, costando no poco trabajo á la guardia municipal el contenerlas, para que permitiesen al ministro y sus acompañantes tomar los coches.

Allí estaba el elemento obrero, nutridísimamente representado; la clase pescadora; los entusiastas hijos de San Sebastián, que enronquecían vitoreando á uno de los suyos, que los honra ante España entera.

El ministro, emocionadísimo, casi con lágrimas en los ojos, contestaba con el sombrero, sin poder hablar, á tales demostraciones de entusiasmo que, por proceder de su pueblo querido, le llegaban muy dentro.

Con no poco trabajo pudo ocupar el carruaje, acompañado del alcalde señor Tabuyo, poniéndose en marcha por el puente de María Cristina, precedido por la Corporación municipal y seguido de los coches ocupados por todas las Corporaciones y entidades que habían salido á recibirlo.

En el andén exterior de la estación, la banda municipal tocó la Marcha Real, mientras contemplaba que pálidamente acabamos de reseñar.

Como decimos, la comitiva, ocupando una larga fila de carruajes, se puso en marcha hacia la Casa Consistorial por el Paseo de los Fueros, Avenida de la Libertad, calles de Hernani, Mayor, Puyuelo y Narrica. En todas ellas había, á lo largo de las aceras, una enorme concurrencia, tanto de donostiarras como de forasteros, que veían, con la complacencia que producen los actos nobles, cómo un pueblo culto y agradecido honraba á uno de sus preclaros hijos.

Los balcones ostentaban su mejor adorno: ramilletes de hermosas mujeres, lujosamente atavíadas, que agitaban los pañuelos en señal de bienvenida, mientras el público de la calle se descubría y rompía en aplausos.

Las bandas de música, intercaladas en la comitiva, daban mayor animación al cuadro con sus alegres sones.

El paso por las calles Mayor, Puyuelo y Narrica, en cuya segunda calle está enclavada la casa en que nació el señor Calbetón y donde tienen su domicilio las principales Sociedades populares de Donostiya, fué un paseo triunfal.

Todos los balcones estaban materialmente atestados, y desde los ocupados por las Sociedades se hizo al señor Calbetón una serie de ovaciones enternecedoras por lo entusiastas y sinceras.

En medio de este ambiente de amor y de alegría llegó el ministro, y tras él la comitiva, á la Casa Consistorial, donde había de celebrarse

La recepción

La escalinata de la Casa de la Ciudad estaba alfombrada con la magnífica que se usa en las grandes solemnidades, y el vestíbulo, descansillos y entradas del salón de actos estaban adornados con preciosos arbustos y plantas.

Colocóse el señor Calbetón en el centro del amplio salón, rodeado del Ayuntamiento, y ante él comenzaron á desfilar todas cuantas autoridades, Corporaciones y Comisiones habían salido á recibirle á la estación.

El ministro oyó, complacidísimo, las salutaciones de todo San Sebastián, allí representado, y á todos manifestaba la inmensa gratitud que sentía por el recibimiento que se le había dispensado.

Al saludarle los representantes de la Prensa, el ministro les dijo: "Ha hecho hoy San Sebastián conmigo, algo que jamás podré olvidar y que se me ha metido muy dentro del corazón." Al decirlo, con frase en que se revelaba la más profunda sinceridad, el ministro no podía ocultar su emoción.

Abajo, en la Plaza de la Constitución, llena de público, resonaban de cuando en cuando estruendosas salvas de aplausos.

Terminada la recepción, como á media hora, el ministro y sus acompañantes se dirigieron primeramente á oir misa á la iglesia de las Reparadoras y de allí al campo de aviación, donde permaneció durante todo el tiempo que duraron las pruebas, que siguió con verdadera atención.

De Ondarreta se dirigió á la casa de su entrañable amigo señor Machimbarrena (don Ramón), donde se hospedó y donde había de almorzar.

Por la tarde

El almuerzo se celebró en familia, asistiendo á él solamente algunos muy íntimos amigos de los señores Machimbarrena y de su ilustre huésped.

Apenas terminado, comenzaron á llegar amigos ansiosos de abrazar al señor Calbetón y felicitarle, cuyos amigos iban á testimoniarle la satisfacción que les producía el poder cumplimentar en el guipuzcoano y amigo, al ministro de la Nación.

Entre otras comisiones las había de distintos pueblos de la provincia y podimos ver á las de Irún, Eibar, Motrico y Mondragón.

A las cinco y media, acompañado del señor Director General de Obras públicas, del alcalde señor Tabuyo, del ingeniero señor Machimbarrena y de algunas otras personas, se dirigió el señor ministro al muelle con objeto de visitar el sitio donde han de realizarse las obras de ampliación acordadas y dispuestas en reciente Real orden que lleva la firma del señor Calbetón.

Los pescadores y el elemento popular del barrio del Muelle tributaron al ministro cariñosa sdemostraciones—familiares algunas— y todas rebosando sincero afecto.

Desde el muelle, y en el automóvil del señor Romero, se dirigieron á Pasajes, recorriendo detenidamente el puerto. De las manifestaciones que en ambos lugares hizo el señor Calbetón pueden deducirse impresiones halagadoras y que no es ocasión de puntualizar.

En la Artesana

A las siete de la tarde llegó el ministro, con el alcalde y sus acompañantes, á la popularísima Sociedad "Unión Artesana", en cuya puerta les esperaba el presidente de la misma, nuestro querido amigo señor Gabilondo, con la Junta Directiva.

Al penetrar en el salón principal, donde había nutridísima representación de socios, éstos hicieron al señor Calbetón una expresiva manifestación de simpatía, mientras uno de ellos ejecutaba al piano la clásica marcha de San Sebastián.

Después de recibir á los representantes de las Sociedades de recreo, Comisión de Fiestas, Orfeón Donostiarra, etc., dirigió la palabra á la numerosa concurrencia en forma familiar y poniendo en sus frases toda la emoción que embargaba su alma en aquellos momentos.

Después de cantar un himno á la Libertad, recordando períodos "coshkeros" del tiempo de sus mocedades, dedicó sentidos recuerdos á la influencia que en San Sebastián han ejercido Sociedades como "La Armonía", "La Fraternal" y "La Unión Artesana" en beneficio del desarrollo de la cultura moral y material de su querida Donostiya, solamente comparable con algunas ciudades norteamericanas.

Terminó poniéndose á disposición de "La Unión Artesana" y de todos los socios.

Le contestó el presidente de ésta, señor Gabilondo, en nombre de todas las allí presentes, dándole las más rendidas gracias por el favor, por el honor que las dispensaba, y ante los socios de "La Artesana" propuso se nombrasen socios honorarios de la misera á los señores Calbetón y Gómz de la Serna, proposición que fué aceptada por aclamación.

El señor Gómez de la Serna dió las gracias por el honor que dijo recibía en ello, y se ofreció en todo cuanto de él dependa, diciendo que podían contar con un donostiarra honorario.

Acto seguido, "La Artesana" obsequió con una copa de champagne á sus ilustres huéspedes y á cuantos honraron los salones de la Sociedad, entre los cuales estaba el aviador M. Le Blond, el cual conversó con el señor Calbetón, brindando ambos por la prosperidad de ambas naciones hermanas y por el progreso de la navegación aérea.

Durante el lunch, el "Orfeón Donostiarra" cantó varias composiciones vascongadas, las cuales fueron muy celebradas, siendo muy felicitado el señor Esnaola por el exquisito gusto y acertada dirección con que fueron interpretadas, especialmente la titulada "Euskal Ohalcha", de la que es autor.

El señor Calbetón y sus acompañantes fueron despedidos con entusiastas vivas.

La fachada de la Sociedad estaba espléndidamente iluminada.

Por la noche

El señor Calbetón comió en casa de sus amigos los señores de Romero, celebrándose un banquete de carácter familiar, al que asistieron algunos invitados.

Cerca de media noche, el ministro y sus acompañantes se retiraron á descansar.

Para hoy

Próximamente á las nueve de la mañana el señor Calbetón, en el automóvil de los señores de Romero, se dirigirá á Irún, donde pasará la mañana en la agradable compañía de los numerosos amigos que allí tiene.

Regresará á tiempo de acudir al banquete popular que á la una de la tarde se celebrará en el restaurant del monte Ulía, y, á juzgar por la lista de inscripciones, promete versa concurridísimo.

Esta, según ayer lo presumíamos, fueron relativamente breves, pues el aparato, á excepción de los planos sustentadores, venía casi todo montado.

Hasta las once, el aviador y sus tres mecánicos no cesaron de trabajar. Los mecánicos hacíanlo de buena gana, pues habiendo llegado fatigadísimos del viaje, recomendó mucho su jefe que se fuesen á dormir temprano para que tuviesen el día siguiente bien despiertos sus sentidos y energías. ¡Buenas bromas son estas para dormirse!

Poco á poco iba entrando el público en el campo de aviación, siendo limitado el número de personas que podían llegar hasta los hangares.

Los que gozaban de esta franquicia, entendidos ó profanos, dedicábanse á curiosear el aparato. Todos se quedaron admirados de que con aquello pudiera escalarse, como los pájaros, las regiones de las nuebes. A primera vista, no hay nada más simple que un aeroplano. Parece que lo hace cualquiera y que cualquiera es capaz de manejarlo.

Este aparato no es el que Le Blon usa ordinariamente. El suyo que tiene motor más potente, siendo mayor su costumbre de manejarlo, se espera llegue de un momento á otro.

Cuadro hermoso

Según iba avanzando la mañana, el aerodromo y todos los puntos dominantes que lo rodean se iban cuajando de público. El pincel más exquisito sería incapaz de trasladar al lienzo un cuadro de tanta vida. Balcones, terrazas, azoteas, tejados, paseos, árboles, rocas, montes, caminos elevados: todo estaba lleno de espectadores pertenecientes á todas las categorías sociales. El Progreso, cuando lo admiran, no distingue de jerarquías ni alcurnias.

El aspecto que ofrecía aquella parte de la ciudad era soberbio sobre toda ponderación.

Coches, automóviles y tranvías, en ordenada confusión, en trajín constante, iban y venían repletos de personas.

Dentro del aeródromo la animación crecía por momentos. Congregóse allí lo más selecto de San Sebastián.

Le Blon, en mangas de camisa, con sus largos cabellos y luenga barba al viento, daba órdenes y departía, de vez en cuando, afablemente con todos.

A las once todo se hallaba listo, pero hay que esperar media hora la llegada del ministro de Fomento, que había ido á oir misa.

Eran las 11,35 cuando entró el señor Calbetón en el aeródromo, acompañado de las autoridades y amigos.

La banda del regimiento de Sicilia, que amenizaba el espectáculo, entonó la Marcha Real

La comitiva rodeó el aparato y se detuvo también á contemplarlo, como lo habíamos hecho todos.

El ministro era saludado afectuosamente por cuantos conocidos allí se encontraban.

Nueva espera

Seguidamente se traslada el monoplano á su punto de partida, colocándolo en dirección de la diagonal del aeródromo, para facilitar mejor la salida.

El campo se despeja de gente, costando no poco esta operación.

A las 12,6 monta Le Blon en su asiento y empieza á marchar, la hélice, pero se ve que el funcionamiento del motor no es regular. Hace "raté", como dicen los técnicos.

Nueva prueba y nueva suspensión de marcha.

Intervienen los mecánicos y reconocen que el acumulador eléctrico que produce las explosiones no tiene suficiente energía.

Convienen en sustituirlo y se coloca el de un automóvil, cuyo tipo y aplicación son idénticos.

Son las 12,27 cuando la hélice funciona admirablemente.

Le Blon ha trabajado con la mejor voluntad para corregir el defecto

El vuelo

La mañana se ha despejado y está magnífica.

El sol relumbra como el alma anhelante de la multitud que espera la salida del aeróplano.

Son las 12,28 cuando Le Blon hace su primera arrancada. Recorre unos cien metros del campo y se detiene sin haber perdido tierra. A no dudarlo, se trata de un ensayo que hace el aviador para cerciorarse de la seguridad de su máquina.

El público, ya impaciente, hace algunas muy injustas demostraciones de desagrado.

El aeroplano es llevado al mismo punto de partida, sin descender el aviador de su puesto.

Llega, por fin, el ansiado instante. Son las 12,32 cuando Le Blon comprende su segunda salida, con velocidad mayor que antes.

El aparato se desliza sobre sus ruedas por el campo, pareciendo un ave enorme, herida de plomo del cazador y acosada por los perros.

El pájaro inmenso, como si hubiese recobrado sus agotadas energías, se separa de la tierra y sube y avanza dulcemente.

La muchedumbre prorrumpe en aplausos cerrados, en fuertes bravos y en exclamaciones de asombro.

Le Blon se eleva unos 30 metros y sigue sensiblemente la curva que describe el paseo de la Concha, hasta el parque de Alderdi-Eder.

Allí hace un giraje admirable y emprende el regreso casi por la misma trayectoria, un poco más hacia el mar y en ondulaciones soberbias.

Dirícese el deseoso y creemos todos que va á tocar tierra en la playa. Pero no es así. El aparato se remonta nuevamente, toma rumbo hacia el aeródromo y con asombro y admiración de todos, vira á la derecha primorosamente y se interna en el mar. Cruzaron la bahía, que está llena de barquillas y vapores cuyos tripulantes aclaman reciamente al bravo piloto.

Le Blon marcha hasta las proximidades de la terraza del Gran Casino, cuajada de concurrencia y siguiendo su viraje abierto y espléndido, toma otra vez la curva de la Concha para enderezar al aerodromo.

Entra en éste y deseciende con una facilidad pasmosa. Las ruedas del aparato tocan tierra, y frínenan gallardamente, como si obedeciera á la elasticidad de sus gomas. Avanza un poco más el ave gigante, y se posa definitivamente, como si viniera á morir con el corazón traspasado.

Son las 12,37 el vuelo, por lo tanto, ha durado 5 minutos, y ha sido soberbio, magistral, para dejar satisfechos á los más exigentes.

El público corre á rodear al aviador vociferando y aplaudiendo casi convulso. Mil manos se le tienden para estrechar las suyas. El quiere rehuir estas manifestaciones de entusiasmo, pero no le dejan andar.

El ministro de Fomento se acerca á Le Blon, y le felicita calurosamente.

Enseguida entra el aeroplano en el hangar, y allí queda hasta que hoy vuelva á elevarse.

La gente lo contempla llena de curiosidad, y luego subiría por la Concha en la más brillante de las procesiones.

La primera jornada de aviación ha sido feliz y soberbia.

¡Que así resulten todas!

Lección merecida

Parte del público, precisamente el que menos derecho tenía para ello, puesto que era el que no había pagado ó el que había pagado menos, condújose ayer en forma incorrecta, al dejarse llevar de sus impaciencias.

Si Le Blon no llega á volar, probablemente hubiéramos asistido á un espectáculo desagradable

Cuando el motor se paraba, el público demostraba su contrariedad con modos harto reprensibles. Cuando el aviador hizo su primera salida de prueba y parose sin volar, la contrariedad de los impacientes llegó á los límites de la protesta.

Poco á poco, señores. Un aviador prudente no se lanza así como así á los vientos. Necesita estar seguro de que su aparato funciona bien, y en un organismo tan delicado como esos motores, cualquier pequeña cosa interrumpe la regularidad del funcionamiento.

Una, dos y cien pruebas que se hagan deben sufrirse con calma y hasta con gusto, porque de ellas puede depender la vida de un semejante.

En ningún aeródromo ocurre lo que ayer ocurrió aquí, porque en ninguno se tienen esas prisas, que son hasta inhumanas.

En Pau, el año pasado, todos sabemos lo que ocurría. Se anunciaban los vuelos para una hora y se verificaban cinco ó seis horas después, ó no se verificaban. A nadie se le ocurría enojarse ni protestar.

El que se canse con esas esperas, que se marche; el que no quiera entrar en el aeródromo, que no entre. Pero seamos un poco más tranquilos y no confundamos la falta de costumbre con la falta de educación

Esperamos que lo de ayer no vuelva á repetirse, por el buen nombre de todos.

Impresiones

Excusado es decir que en San Sebastián, durante la tarde, no se habló de otra cosa que de las experiencias de aviación.

Todo el mundo ponderaba la audacia del piloto y la magnificencia de su vuelo.

En el hotel de Londres, compañía de su señora y de algunos miembros de la Comisión de Fiestas, Le Blon cenaba anoche en el más santo de los regocijos. Nosotros conversamos con él brevemente y nos dijo que se encuentra sumamente contento.

Le interrogamos sobre la altura á que llegó en su vuelo, y con suma modestia manifestó que era muy difícil precisarlo, pero que las altitudes máximas alcanzadas oscilaban entre 30 y 40 metros.

Respecto á la velocidad, dijonos que había marchado á razón de 60 kilómetros por hora. En consecuencia, y si nuestro reloj no nos ha engañado, Le Blon recorrió en su vuelo de cinco minutos una distancia equivalente á 5 kilómetros.

El aviador se muestra encantado de las bellezas de San Sebastián, y altamente agradecido á las ovaciones que se le han tributado, muy sobre todo á la que recibió durante la corrida de toros.

Sepa el aeróvjado mecánico que el pueblo donostiarra simpatiza ya con él. Su modestia, su carácter simpático y su sonrisa inagotable seducen verdaderamente.

La Comisión organizadora de las fiestas no tiene, pues, más que motivos para sentirse satisfechísima. El esfuerzo, el trabajo y los sofocones han sido de prueba; pero el éxito más brillante está coronando la obra.

San Sebastián se puso ayer como en uno de los días más animados del mes de Agosto, y esto constituye motivo bastante para que todos nos encontremos igualmente satisfechos.

En Madrid y Barcelona se ha volado, pero puede afirmarse que San Sebastián es la primera población de España donde el prodigioso invento se ha dado á conocer en todo su sorprendente alcance.

De diferentes pueblos de la provincia nos preguntaron ayer por teléfono como había resultado *eso de la aviación*. A no dudarlo, había cierta pesimismo, cierta desconfianza en lo que aquí pudiera ocurrir.

Ahí está el resultado, que no puede ser más completo y favorable. Le Blon ha volado como vuelan los grandes aviadores. Cuando hoy se conozca la noticia en los pueblos del interior, no hay duda que se animarán á venir las gentes que ansían conocer ese adelanto de la ciencia.

EXPERIENCIAS DE AVIACION

El aviador Le Blon vuela magníficamente

Sube á 40 metros y atraviesa la bahía

Expectación

Puede asegurarse que todos los donostiarras tenían ayer puestas sus miradas en la bóveda del firmamento, como si de ella fuese á descender la gloria del Dios resucitado.

Había un ansia intensa por ver las primeras experiencias de aviación, y todos consultábamos al cielo si su estado y el de la atmósfera consentirían que las pruebas resultasen lucidas.

La mañana era algo brumosa, pero buena. Corría suave brisa y una ligera neblina dificultaba la franca difusión de los rayos solares.

No obstante el viento que se dejaba sentir, opinaban los entendidos en cosas de aviación que los vuelos podrían efectuarse.

El biplano de Le Blon trasladose de la estación del ferrocarril al hangar á las siete de la mañana, dando seguidamente comienzo las operaciones de montaje.

Estas, según ayer lo presumíamos, fueron relativamente breves, pues el aparato, á excepción de los planos sustentadores, venía casi todo montado.

Hasta las once, el aviador y sus tres mecánicos no cesaron de trabajar. Los mecánicos hacíanlo de buena gana, pues habiendo llegado fatigadísimos del viaje, recomendó mucho su jefe que se fuesen á dormir temprano para que tuviesen el día siguiente bien despiertos sus sentidos y energías. ¡Buenas bromas son estas para dormirse!

Poco á poco iba entrando el público en el campo de aviación, siendo limitado el número de personas que podían llegar hasta los hangares.

Los que gozaban de esta franquicia, entendidos ó profanos, dedicábanse á curiosear el aparato. Todos se quedaron admirados de que con aquello pudiera escalarse, como los pájaros, las regiones de las nuebes. A primera vista, no hay nada más simple que un aeroplano. Parece que lo hace cualquiera y que cualquiera es capaz de manejarlo.

Este aparato no es el que Le Blon usa ordinariamente. El suyo que tiene motor más potente, siendo mayor su costumbre de manejarlo, se espera llegue de un momento á otro.

Cuadro hermoso

Según iba avanzando la mañana, el aerodromo y todos los puntos dominantes que lo rodean se iban cuajando de público. El pincel más exquisito sería incapaz de trasladar al lienzo un cuadro de tanta vida. Balcones, terrazas, azoteas, tejados, paseos, árboles, rocas, montes, caminos elevados: todo estaba lleno de espectadores pertenecientes á todas las categorías sociales. El Progreso, cuando lo admiran, no distingue de jerarquías ni alcurnias.

El aspecto que ofrecía aquella parte de la ciudad era soberbio sobre toda ponderación.

Coches, automóviles y tranvías, en ordenada confusión, en trajín constante, iban y venían repletos de personas.

Dentro del aeródromo la animación crecía por momentos. Congregóse allí lo más selecto de San Sebastián.

Le Blon, en mangas de camisa, con sus largos cabellos y luenga barba al viento, daba órdenes y departía, de vez en cuando, afablemente con todos.

A las once todo se hallaba listo, pero hay que esperar media hora la llegada del ministro de Fomento, que había ido á oir misa.

Eran las 11,35 cuando entró el señor Calbetón en el aeródromo, acompañado de las autoridades y amigos.

La banda del regimiento de Sicilia, que amenizaba el espectáculo, entonó la Marcha Real

La comitiva rodeó el aparato y se detuvo también á contemplarlo, como lo habíamos hecho todos.

El ministro era saludado afectuosamente por cuantos conocidos allí se encontraban.

Nueva espera

Seguidamente se traslada el monoplano á su punto de partida, colocándolo en dirección de la diagonal del aeródromo, para facilitar mejor la salida.

El campo se despeja de gente, costando no poco esta operación.

A las 12,6 monta Le Blon en su asiento y empieza á marchar, la hélice, pero se ve que el funcionamiento del motor no es regular. Hace "raté", como dicen los técnicos.

Nueva prueba y nueva suspensión de marcha.

Intervienen los mecánicos y reconocen que el acumulador eléctrico que produce las explosiones no tiene suficiente energía.

Convienen en sustituirlo y se coloca el de un automóvil, cuyo tipo y aplicación son idénticos.

Son las 12,27 cuando la hélice funciona admirablemente.

Le Blon ha trabajado con la mejor voluntad para corregir el defecto

El vuelo

La mañana se ha despejado y está magnífica.

El sol relumbra como el alma anhelante de la multitud que espera la salida del aeróplano.

Son las 12,28 cuando Le Blon hace su primera arrancada. Recorre unos cien metros del campo y se detiene sin haber perdido tierra. A no dudarlo, se trata de un ensayo que hace el aviador para cerciorarse de la seguridad de su máquina.

El público, ya impaciente, hace algunas muy injustas demostraciones de desagrado.

El aeroplano es llevado al mismo punto de partida, sin descender el aviador de su puesto.

Llega, por fin, el ansiado instante. Son las 12,32 cuando Le Blon comprende su segunda salida, con velocidad mayor que antes.

El aparato se desliza sobre sus ruedas por el campo, pareciendo un ave enorme, herida de plomo del cazador y acosada por los perros.

El pájaro inmenso, como si hubiese recobrado sus agotadas energías, se separa de la tierra y sube y avanza dulcemente.

La muchedumbre prorrumpe en aplausos cerrados, en fuertes bravos y en exclamaciones de asombro.

Le Blon se eleva unos 30 metros y sigue sensiblemente la curva que describe el paseo de la Concha, hasta el parque de Alderdi-Eder.

Allí hace un giraje admirable y emprende el regreso casi por la misma trayectoria, un poco más hacia el mar y en ondulaciones soberbias.

Dirícese el deseoso y creemos todos que va á tocar tierra en la playa. Pero no es así. El aparato se remonta nuevamente, toma rumbo hacia el aeródromo y con asombro y admiración de todos, vira á la derecha primorosamente y se interna en el mar. Cruzaron la bahía, que está llena de barquillas y vapores cuyos tripulantes aclaman reciamente al bravo piloto.

Le Blon marcha hasta las proximidades de la terraza del Gran Casino, cuajada de concurrencia y siguiendo su viraje abierto y espléndido, toma otra vez la curva de la Concha para enderezar al aerodromo.

Entra en éste y deseciende con una facilidad pasmosa. Las ruedas del aparato tocan tierra, y frínenan gallardamente, como si obedeciera á la elasticidad de sus gomas. Avanza un poco más el ave gigante, y se posa definitivamente, como si viniera á morir con el corazón traspasado.

Son las 12,37 el vuelo, por lo tanto, ha durado 5 minutos, y ha sido soberbio, magistral, para dejar satisfechos á los más exigentes.

El público corre á rodear al aviador vociferando y aplaudiendo casi convulso. Mil manos se le tienden para estrechar las suyas. El quiere rehuir estas manifestaciones de entusiasmo, pero no le dejan andar.

El ministro de Fomento se acerca á Le Blon, y le felicita calurosamente.

Enseguida entra el aeroplano en el hangar, y allí queda hasta que hoy vuelva á elevarse.

La gente lo contempla llena de curiosidad, y luego subiría por la Concha en la más brillante de las procesiones.

La primera jornada de aviación ha sido feliz y soberbia.

¡Que así resulten todas!

Lección merecida

Parte del público, precisamente el que menos derecho tenía para ello, puesto que era el que no había pagado ó el que había pagado menos, condújose ayer en forma incorrecta, al dejarse llevar de sus impaciencias.

Si Le Blon no llega á volar, probablemente hubiéramos asistido á un espectáculo desagradable

Cuando el motor se paraba, el público demostraba su contrariedad con modos harto reprensibles. Cuando el aviador hizo su primera salida de prueba y parose sin volar, la contrariedad de los impacientes llegó á los límites de la protesta.

Poco á poco, señores. Un aviador prudente no se lanza así como así á los vientos. Necesita estar seguro de que su aparato funciona bien, y en un organismo tan delicado como esos motores, cualquier pequeña cosa interrumpe la regularidad del funcionamiento.

Una, dos y cien pruebas que se hagan deben sufrirse con calma y hasta con gusto, porque de ellas puede depender la vida de un semejante.

En ningún aeródromo ocurre lo que ayer ocurrió aquí, porque en ninguno se tienen esas prisas, que son hasta inhumanas.

En Pau, el año pasado, todos sabemos lo que ocurría. Se anunciaban los vuelos para una hora y se verificaban cinco ó seis horas después, ó no se verificaban. A nadie se le ocurría enojarse ni protestar.

El que se canse con esas esperas, que se marche; el que no quiera entrar en el aeródromo, que no entre. Pero seamos un poco más tranquilos y no confundamos la falta de costumbre con la falta de educación

Esperamos que lo de ayer no vuelva á repetirse, por el buen nombre de todos.

Impresiones

Excusado es decir que en San Sebastián, durante la tarde, no se habló de otra cosa que de las experiencias de aviación.

Todo el mundo ponderaba la audacia del piloto y la magnificencia de su vuelo.

En el hotel de Londres, compañía de su señora y de algunos miembros de la Comisión de Fiestas, Le Blon cenaba anoche en el más santo de los regocijos. Nosotros conversamos con él brevemente y nos dijo que se encuentra sumamente contento.

Le interrogamos sobre la altura á que llegó en su vuelo, y con suma modestia manifestó que era muy difícil precisarlo, pero que las altitudes máximas alcanzadas oscilaban entre 30 y 40 metros.

Respecto á la velocidad, dijonos que había marchado á razón de 60 kilómetros por hora. En consecuencia, y si nuestro reloj no nos ha engañado, Le Blon recorrió en su vuelo de cinco minutos una distancia equivalente á 5 kilómetros.

El aviador se muestra encantado de las bellezas de San Sebastián, y altamente agradecido á las ovaciones que se le han tributado, muy sobre todo á la que recibió durante la corrida de toros.

Sepa el aeróvjado mecánico que el pueblo donostiarra simpatiza ya con él. Su modestia, su carácter simpático y su sonrisa inagotable seducen verdaderamente.

La Comisión organizadora de las fiestas no tiene, pues, más que motivos para sentirse satisfechísima. El esfuerzo, el trabajo y los sofocones han sido de prueba; pero el éxito más brillante está coronando la obra.

San Sebastián se puso ayer como en uno de los días más animados del mes de Agosto, y esto constituye motivo bastante para que todos nos encontremos igualmente satisfechos.

En Madrid y Barcelona se ha volado, pero puede afirmarse que San Sebastián es la primera población de España donde el prodigioso invento se ha dado á conocer en todo su sorprendente alcance.

De diferentes pueblos de la provincia nos preguntaron ayer por teléfono como había resultado *eso de la aviación*. A no dudarlo, había cierta pesimismo, cierta desconfianza en lo que aquí pudiera ocurrir.

Ahí está el resultado, que no puede ser más completo y favorable. Le Blon ha volado como vuelan los grandes aviadores. Cuando hoy se conozca la noticia en los pueblos del interior, no hay duda que se animarán á venir las gentes que ansían conocer ese adelanto de la ciencia.

FOOT-BALL

GRAN MATCH INTERNACIONAL

Londres - San Sebastián

Hoy á las cuatro de la tarde, Campo de Ondarreta

Ecos de Sociedad

VIAJES

En unión de sus hijos ha llegado á Pamplona, procedente de Tolosa, la distinguida señora doña Flora Brunet de Dousinagüe.

❧ Ha llegado á esta población procedente de Vitoria, el nuevo fiscal de la Audiencia don Angel Aldecoa.

❧ Se encuentra en esta localidad el concejal del Ayuntamiento de Pamplona, don Fernando Romero González.

❧ De Tolosa, donde ha permanecido una temporada, ha regresado á Vitoria don Manuel Lejarreta.

❧ Ha llegado á Pamplona, procedente de Madrid, el joven ingeniero industrial don Miguel Díaz y Mario.

❧ Con dirección á Bilbao ha pasado por esta ciudad procedente de Berlín y Viena, el joven facultativo doctor Olavarría.

❧ Ayer tuvimos el gusto de saludar á nuestro querido amigo y compañero don Esteban Frauca, director de "El Demócrata Navarro", que llegó procedente de Pamplona.

❧ De Vitoria llegó ayer á esta población, el arquitecto municipal don Javier Aguirre, distinguido amigo nuestro.

LETRAS DE LUTO

Hoy, á las once y media de la mañana, se verificarán en la iglesia parroquial de Santa María los funerales por el eterno descanso del alma del respetable señor don Fernando Ripalda y Molis.

Aprovechamos esta ocasión para reiterar á los deudos del finado, especialmente á sus desconsolados sobrinos, el testimonio de nuestro sincero y afectuoso pésame.

❧ Con numerosa concurrencia se celebró ayer la conducción al cementerio de Polloe del cadáver de la bondadosa señora doña María de los Dolores Zapiain, viuda de Osinalde.

Mañana, á las once de la mañana, se verificarán en la iglesia parroquial de Santa María, los funerales por el eterno descanso del alma de la finada.

A su afligido hijo don Luis, y demás deudos, reiteramos la expresión de nuestro sincero sentimiento.

❧ Víctima de rápida dolencia falleció ayer en esta localidad el respetable señor don Antonio Epelde y Berástegui.

A la afligida esposa, hijos y demás deudos del finado, hacemos presente la expresión de nuestro sincero pésame.

DE BILBAO

La huelga de descargadores

POR TELEFONO

(De nuestro corresponsal)

Bilbao